

correo y siendo ya tarde, quiero aprovechar la oportunidad de que lleve mi carta para que salga mañana para México.

El mes que entra, que deben haber acontecido varios sucesos en la guerra, te los pondré en conocimiento para que estés al tanto de lo ocurrido.

Consérvate bien.

Paris, Agosto 29 de 1870.

MARIA ESTIMABLE:

Los sucesos de la Francia se van agravando mas y mas cada dia; esta pobre nacion está como un enfermo que no tiene remedio y que los médicos á una voz lo han desahuciado.

Los prusianos están ya casi á las goteras de Paris y el sitio es inevitable.

El aprovisionamiento sigue con actividad y algunos boulevards y jardines se han convertido en establos porque están que rebosan de bueyes y carneros.

Por todas partes se levantan barricadas y trincheras y este París tan liudo, vá tomando un aspecto melancólico y feo porque en lugar de sus jardines y de sus calles aseadas y como de fiesta, se miran corrales de animales, montones de tierra por todas partes, tercios y estorbos que es con lo que forman las barricadas.

Pero vamos por partes:

La comedia de aparecer y desaparecer de los mariscales Mac-Mahon y Bazaine, ha seguido con frecuencia y parece que juegan á las escondidillas. Este juego tiene al pueblo de París en constante alarma porque cuando se pierde alguno de estos generales, está que no cabe de pena, y entonces empiezan los comentarios de "¿que le habrá sudedido? ¿si lo tendrán los prusianos en su poder? No, sino que lo mas probable es que el mariscal esté preparando un golpe de mano para caer sobre el enemigo,"

Otro mas desalentado viene diciendo en un corrillo: "el Diablo se ha llevado

la Francia; á Mac Mahon lo tienen preso los prusianos y era uno de los generales que tenia la mejor division."

En esta sazón aparecen papeles del gobierno en las esquinas tranquilizando al pueblo y manifestándole "que el señor mariscal está operando una medida estratégica y que conviene, para su mejor éxito, el mayor sigilo en sus movimientos; que por consiguiente el pueblo se tranquilice y confie en que el gobierno lo tendrá al tanto de todo lo que suceda."

Con estos avisos, calma un tanto la agitacion de los ciudadanos; aunque se tienen que ocupar de nuevo de las funestas noticias que llegan del campo, de la pérdida de Estrasburgo, cuya division de muchos miles de hombres, con mil oficiales, cuatro generales y dos mil piezas de artillería, cayeron en poder de los prusianos; con la pérdida de esta ó la otra plaza en donde sucumbieron igualmente otros tantos miles de soldados y centenares de cañones; con la noticia de la muerte de tal general

de los de mas representacion, y mas aún, con la diaria aproximacion del invasor, cuyos ejércitos vienen arrollándolo todo y no hay poder humano que los contenga.

¡Pobres franceses! esta vez han sido muy desgraciados, porque se han portado como unos niños de teta; no han podido resistir uno solo de los empujes de los invasores, y en dos meses apenas, han perdido sus mejores plazas fuertes, la mayor parte de su artillería de grueso calibre y, lo que es mas sensible, sus ejércitos aguerridos y disciplinados, que la impericia de sus generales los han entregado maniatados ante la pericia é inteligencia de los generales prusianos.

Hace pocos dias que regresó del campo el general Vinoy con su division destrozada para reponerla, y causaba lástima ver á los pobres soldados cabizbajos, tristes y como humillados al ver que el pueblo de Paris los contemplaba con cierta curiosidad compasiva.

Al ver que los franceses en esta gue-

rra con los prusianos se han manejado como unos chiquillos y que no han podido ser felices en la menor escaramuza, á pesar de pelear con elementos iguales é ir precedidos de sus antecedentes, me he llena lo de orgullo al recordar que en México, sin embargo de batirse los mexicanos con armas y táctica muy desiguales con los franceses, que en estas dos líneas eran muy superiores, y además de eso, sus ejércitos eran los que pelearon en Sebastopol, Magenta y Solferino, así como fueron ayudados por los traidores, me enorgullezco, repito, de que los hijos de la República los hubieran hecho morder el polvo varias ocasiones en los distintos puntos donde combatieron, y no les quedó á los mexicanos el triste desconsuelo de no haber triunfado siquiera una vez de sus enemigos como les queda hoy á los franceses de no haber podido ganar una sola accion á los alemanes.

Respecto de demostraciones cuando se tienen en las noticias del campo, si-

guen á la órden del día muy semejantes á la de aquella noche que te conté en mi anterior, en que me ví arrebatado del impetuoso remolino del gentío.

Te voy á contar otra emergencia que me pudo haber costado cara á no haber sido por la fortuna que hasta hoy no me ha abandonado un sólo instante.

Es el caso: que Napoleon, al marchar á la frontera para ponerse á la cabeza del ejército francés, dejó de Regente del imperio á la emperatriz Eugenia para que ella lo gobernara mientras él volvía.

Pocos días despues de esto, se soltó la voz en París, una mañana, de que los republicanos intentaban hacer un movimiento derrocando el imperio y estableciendo la República.

Además de la agitacion que reinaba por la guerra franco-prusiana, se observaba un movimiento desusado en la ciudad, precursor de algo desconocido; pero que los mas se inclinaban á creer que ese algo era un movimiento político que debía verificarse de ahí á muy poco.

Así las cosas, pasó el día, y en la tarde se susurró que habia habido una nueva derrota en el ejército francés.

La gente, al caer la tarde, comenzó á aglomerarse frente á las oficinas del telégrafo, como lo tenia de costumbre, para inquirir lo que habia de cierto sobre el particular; de modo que á eso de las ocho de la noche, la multitud era considerable y llenaba el ámbito de varias calles.

En tanto, seguian los boulevards con su acostumbrado movimiento de paseantes y cocotas; los cafés fuera, en las banquetas, llenos de parroquianos que departian alegremente y sorbian helados, apuraban copas de vino y champagne, tomaban café y se engolfaban, en union del sexo hermoso, en las elucubraciones mas alegres, gozando esos momentos de verdadera placer que sólo en París se gozan en medio del bullicio y circundada la vista por todas partes de espléndidos edificios y bellísimos monumentos.

A esa hora me paseaba yo en el bou-

levard Montmartre, en compañía del señor Guerra, hermano del señor Obispo de Aguascalientes, cuando, como del boulevard San Martin, se dirigian centenares de miles de hombres en columna cerrada, dirigiéndose para el Hotel de Ville en demanda de armas, pues la cólera y el patriotismo de los habitantes de Paris se habia excitado hasta el último extremo por la noticia que hacia poco habia llegado de que la derrota que habia sufrido el ejército francés era de las mas grandes.

Esa columna de hombres de todas clases y condiciones, era una verdadera creciente que sale de madre: se escuchaban de entre ella vociferaciones terribles, maldiciones, vivas y mueras y la voz dominante era «¡a tomar armas al Hotel de Ville!» Centenares de brazos se veian tremolar sobre el mar de cabezas, crispando los puños en actitud amenazante; la Marsellesa dejaba tambien oír sus ecos guerreros y la mas espantosa vocería salía de las oleadas

de aquella multitud rabiosa que parecia que iba á acabar con la ciudad.

Al comenzar á escucharse los primeros gritos de aquella muchedumbre, parte de la gente que se paseaban en los boulevards, trepó en los asientos de fierro y las sillas de los cafés para ver lo que era aquello; el señor Guerra y yo verificamos otro tanto, subiendo á una de las bancas frente al Pasaje Jufroy, desde donde veíamos perfectamente aquel rio humano de cuerpos, cabezas y puños.

Apenas iria llegando la cabeza de esa multitud al boulevard de la Magdalena, cuando la cola que caminaba todavia frente á nosotros, retrocede de improviso por el centro de la calle y por las banquetas de ambas aceras, arrollando cuanto encuentra, hasta los carruajes que allí estaban situados, las mesas de los cafés, y mucha gente queda aplastada. Al retroceder toda aque- gran masa, se oían distintamente crugir las ballonetas de los gendarmes y sol-

dados que sin duda alguna venían calándolas y degollando al pueblo.

Instantáneamente recordamos nosotros la alarma suscitada aquella mañana sobre el movimiento que intentaban los republicanos y con esa conclusión que engendra el miedo, Guerra y yo dijimos: "no hay duda, la emperatriz bayonetea al pueblo de París como el 2 de Diciembre lo cañoneó el Emperador."

En este instante que nos tratábamos de poner en salvo retrocediendo á la Rue Berguere, donde estaba nuestro hotel, una masa compacta de hombres, mujeres y niños gritando sofocadamente, se nos hecha encima, casi derribándonos; Guerra soltó un paraguas que llevaba y al quererlo levantar, por poco rueda bajo los piés de cien personas que se le echaban encima; le ayudé á levantar cuando mas y mas gente se nos venia, aproximándose cada vez el ruido de las bayonetas; oyendo yo esto y tratando de abrirme paso que encontraba muy difícil, casi admitia la certe-

za de quedar en el puesto, porque de ahí á poco me alcanzaria una bayoneta, y decia á mi compañero.

—Nos llevó el diablo, amigo; este es otro 2 de Diciembre.

—Sí, hombre, sí, respondió Guerra muy apurado.

—¡Quedamos en París! repetia yo metiendo los codos para abrirme paso.

Las bayonetas se acercaban y las escuchabamos ya á pocos pasos; el ruido de voces era tambien muy estridente que unido al golpe de puertas y ventanas, nos anunciaba nuestro último momento y que habia llegado la hora postrera.....

Por fin, despues de mil empellones, apretones, pisadas y blasfemias, desembocamos á la Rue Berguere y seguimos corriendo á nuestro hotel, que cerraba en ese instante sus puertas y á nuestra espalda acabó de correr su cerrojo.

¡Ah! nos detuvimos en el corredor jadeando, bañados en sudor y que apenas podiamos articular palabra.